

El Año Litúrgico

El ciclo anual de gran parte de la comunidad humana, llamado año civil, va de enero a diciembre, consta de doce meses y trescientos sesenta y cinco días. El ciclo anual que sigue la Iglesia consta del mismo número de días, pero no se mide por el tiempo. El ciclo anual de la Iglesia se llama Año Litúrgico y gira en torno a alguien: *el Señor Jesús*. Durante el mismo tiempo que el año civil, pero con fronteras distintas, la Iglesia va celebrando los distintos momentos que proyectan el misterio del Dios hecho hombre que vino a ofrecernos la salvación anunciada por Dios y hecha realidad en su persona.

El Año Litúrgico comienza con cuatro semanas de preparación a la celebración del nacimiento del Señor Jesús. Este tiempo de preparación, por tradición, es llamado *Adviento*, y que es una forma breve de una palabra más larga: advenimiento, que significa llegada. Este tiempo es tiempo de esperanza, tiempo de preparación, tiempo en que la alegría va creciendo a medida que nos acercamos a la alegría plena que solo es tal con su nacimiento. Durante el *Adviento* estamos llamados a purificar nuestro corazón y desenmarañar nuestra vida para celebrar dignamente este acontecimiento que partió la historia de la humanidad.

Al tiempo de Adviento le sigue el tiempo de la *Navidad*, también forma breve de Natividad, que significa nacimiento. En estos dos primeros tiempos, Adviento y Navidad, la Iglesia celebra el *Misterio de la Encarnación* y nos invita a contemplar aquellos que jugaron un papel muy importante en la realización de este Misterio: Dios Padre, El Espíritu Santo, La Sagrada Familia de Nazaret (Jesús, José y María) y los pastores que, representando a la humanidad que espera, sin mayores preámbulos lo reconocieron y lo adoraron. Este tiempo de la Navidad nos lleva hasta la celebración del Bautismo del Señor, frontera que cierra este tiempo santo.

Después de la Navidad, durante algunas semanas celebramos el tiempo del ministerio del señor Jesús en favor de Israel y después iniciamos el camino penitencial que, durante cuarenta días, nos llevará a celebrar la madre de todas las fiestas: La Pascua.

La *Cuaresma*, que sigue al tiempo en que acompañamos a Jesús en su ministerio en favor de Israel, es un tiempo de cuarenta días en que con espíritu penitencial nos preparamos para celebrar la Pascua. *Cuaresma* es el tiempo que, en el camino del catecumenado, corresponde a la purificación e iluminación. El catecúmeno se purifica y comienza a ver con claridad la bendición que significan los signos de la Iniciación Cristiana. Con los catecúmenos, la Iglesia también se purifica mediante las penitencias cuaresmales para llegar con las túnicas blancas a celebrar la esperanza que Dios nos ha mostrado en su Hijo Jesús, la fiesta de la resurrección.

La *Pascua* es la madre de todas las fiestas. La Iglesia vestida de blanco, celebrar a su Señor Resucitado. Celebrar la Resurrección tiene también un triple significado: el acontecimiento histórico, el presente de la Resurrección y el acontecimiento escatológico. Celebramos la Resurrección del Señor acontecida hace más de dos mil años y anunciada por la Iglesia como kerigma (1 Co 15,1-8), celebramos el hoy de la Resurrección en la responsabilidad que tenemos todos de vivir cada día como testigos de la Resurrección y celebramos el

acontecimiento escatológico, el día en que el Señor se manifestará lleno de gloria y recibiremos la bendición de contemplar al Dios tal cual es. Nuestros cuerpos mortales serán glorificados con él, porque a donde llegó el, nuestro Señor, también un día llegaremos todos los que hayamos muerto con él. La *Pascua* se cierra con la celebración de la efusión de Espíritu santo, fiesta que celebramos cincuenta días después, y a la que llamamos domingo de Pentecostés.

Al tiempo de la Pascua sigue un tiempo largo, llamado *tiempo ordinario*, que nos muestra en imagen el devenir histórico de la Iglesia que camina hacia la fiesta solemne de su Señor glorificado. La Solemnidad de Cristo Rey, a la que sigue una semana del Año Litúrgico, que cierra el ciclo de la celebración del Misterio del Señor Jesús. Cada año celebramos este acontecimiento, que no es algo, sino alguien. Dentro del año litúrgico celebramos también, en los santos, a la Iglesia triunfante que ya goza de la gloria del Señor, aquéllos que han blanqueado sus túnicas con la sangre del Cordero sin mancha. La historia no se repite, va avanzando como avanza la espiral de los cuadernos de los niños de la escuela. Pareciera que giramos en el mismo lugar, pero no es así, poco a poco, vamos avanzando hacia el final de los tiempos, hacia la manifestación plena del Señor de la Gloria, en que todo será recreado y tendremos unos cielos nuevos y una tierra nueva.

Comenzar el Año Litúrgico es una bendición y una gran responsabilidad, La vida es un don y así hemos de vivirla. Cada inicio del Año Litúrgico Dios nos ofrece una oportunidad de mirar nuestro pasado con gratitud, vivir nuestro presente con pasión y proyectar nuestro futuro con esperanza. Cada inicio de año es una oportunidad para hacer un alto, revisar nuestra vida, quitar de ello todo aquello que nos impide realizar nuestra vocación de humanos y de cristianos y recomenzar desde Cristo.

Dios nos conceda la gracia de ir viviendo con alegría nuestra fe cristiana. Dios nos ilumine para incorporar a nuestra vida todo lo positivo de cada año, de tal manera que nuestra fe se fortalezca y nuestro testimonio muestre al mundo con más transparencia la alegría de la vida cristiana.